

6. LA GUERRA DE LOS CÁNTABROS Y ASTURES, LA ETNOGRAFÍA DE ESPAÑA Y LA PROPAGANDA DE AUGUSTO

MANUEL SALINAS DE FRÍAS

LA GUERRA de Augusto contra los cántabros y astures fue probablemente el acontecimiento más decisivo en la vida de estos pueblos, como fue el caso también en la de la mayoría de los restantes pueblos de la España prerromana que, en un momento o en otro, cayeron bajo la conquista romana¹. A raíz de aquella guerra perdieron su independencia y, como consecuencia de ello, perdieron también paulatinamente sus formas de vida tradicionales, su lengua y su cultura. Cuando escribieron «La formación del feudalismo en la Península Ibérica» —y aún antes, cuando escribieron los artículos que compusieron «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista»— Vigil y Barbero prestaron muy poca atención a este hecho. El descrédito de la historia política en aquella época (o de la «historia evenemenial», como se decía entonces con un galicismo incomprensible), descrédito debido doblemente tanto a la crítica hecha por la escuela de los Annales como por la historiografía marxista, hacía que no se la cultivara en los ambientes históricos más progresistas. Por otra parte, la convicción generalizada de que a pesar de la conquista los cántabros y astures habían conservado lo esencial, que eran sus formas propias de organización social (lo que llamábamos el régimen gentilicio), explica que la guerra de Augusto se viera como un episodio accesorio, algo contingente que no afectaba sin embargo a las realidades más importantes.

¹ La bibliografía sobre esta guerra es bastante abundante, aunque en los últimos años parece que el tema tiene menos predicamento entre los historiadores. Como no es nuestro objetivo referirnos a los aspectos estrictamente militares, citaremos solamente: Schulten, A. *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid 1964; SYME, R. «The conquest of north-west Spain» *Legio VII Gemina*, Leon 1970, 79-107, que nos parece el estudio más interesante y juicioso; GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. *Los cántabros*, Madrid 1986; LOMAS, F.J. *Asturias prerromana y altoimperial*, 1989; Rodríguez Colmenero, A. *Augusto e Hispania*, Bilbao 1979; SANTOS YANGUAS, N. *La romanización de Asturias*, Madrid 1994.

La guerra de Augusto contra los cántabros y los astures tiene sin embargo una gran importancia, no sólo por cuanto significó para los pueblos conquistados, sino también porque en relación con ella hubo toda una propaganda del príncipe que, de paso que realizaba su persona, elaboró un retrato de las sociedades septentrionales de la Península que no sólo influyó en los contemporáneos de los hechos sino también en los historiadores actuales².

Los aspectos propagandísticos de la guerra cántabro astur parecen evidentes si tenemos en cuenta varios hechos: en el año 27 a.C. Augusto abrió solemnemente las puertas del templo de Jano, que había cerrado tras la victoria de Accio, y se hizo cargo personalmente de la dirección de la guerra. En el 24 a.C., una vez dominados los pueblos del norte, volvió a cerrar con la misma solemnidad el templo —símbolo de que Roma estaba en paz y libre de amenazas exteriores— y el Senado votó en su honor la erección del *Ara Pacis Augustae* cuyo programa iconográfico constituía la expresión plástica del nuevo estado y del *saeculum augusteum*. El propio Augusto dio gran relevancia a la guerra contra los cántabros y astures. En las *Res Gestae* menciona la guerra por dos veces (*mon. Anc.* 5,39): *signa militaria complura per alios duces amissa devictis hostibus reciperavi ex Hispania*, «recuperé de España los estandartes militares perdidos por otros jefes, después de vencidos los enemigos»; (*mon. Anc.* 2,27): *cum ex Hispania Galliaque rebus in his provinciis prospere gestis Romam rediit Ti. Nerone P. Quintilio consulibus, aram Pacis Augustae Senatus pro reditu meo consecrari censuit*, «cuando regresé a Roma, de vuelta de España y de la Galia, terminadas felizmente mis empresas, en el consulado de Tiberio Nerón y P. Quintilio, el Senado decidió consagrar por mi retorno el Ara de la Paz Augusta». Igualmente, según Suetonio (*Aug.*85), Augusto refirió su autobiografía hasta el final de la guerra cantábrica y no quiso pasar de ahí, como si con su victoria sobre estos pueblos hubiera rematado todas sus empresas.

El carácter propagandístico de esta guerra se observa especialmente si se tiene en cuenta la desproporción entre los supuestos riesgos y las realizaciones, y el contexto político general en el que la guerra se sitúa. Escaramuzas contra los astures, los cántabros e incluso otros pueblos ya sometidos por Roma venía habiendo desde hacía varios años. Se ha supuesto que los triunfos *ex Hispania* de varios *legati* triunvirales corresponden a victorias obtenidas en enfrentamientos con estos pueblos³. Dion Casio 51,20,5 recuerda que a pesar de la clausura del templo de Jano en el 29 a.C. y la celebración del obsoleto *augurium salutis*, se estaba todavía en guerra contra los tréveros y contra los cántabros, los vacceos y los astures, pero que estas guerras no proporcionaban hechos de la menor relevancia. Los tres últimos pueblos serían vencidos por Estatilio Tauro, en el 29 a.C. probablemente⁴. Si injustificada, pues, era la clausura de las puertas de Jano, no menos lo era su reapertura en el 27 a.C. con motivo expreso de la guerra cántabro-astur. Esta forma de actuar del príncipe, en cambio, se explica dentro de los intentos por anular la oposición política y consolidar el nuevo régimen.

² Con carácter general, se consultarán las dos obras de M. Sordi (ed.), *Storiografia e propaganda* 1975, y *I canali della propaganda nel mondo antico*, 1976; sobre la propaganda de la época, Wellmann, *P. Triunviri rei publicae constituendae*, Wiesbaden 1989.

³ A. SCHULTEN, *F.H.A. fasc. V*, Barcelona 1940, 181; triunfos de C. Norbano Flaco (34 a.C.), L. Marcio Filipo (33 a.C.) y Ap. Claudio Pulquer (32 a.C.).

⁴ R. Syme, «The conquest of the north-west Spain», *Legio VII Gemina*, Leon 1970, 85.

El poder de Octaviano en los años 29 a 27 a.C. reposaba jurídicamente en los poderes extraordinarios triunvirales recibidos en el 43 y renovados en el 37 a.C., los cuales no resignaría hasta enero del 27 a.C. Después de la victoria de Accio dichos poderes se vieron reforzados por la concesión de la potestad triunficial con carácter vitalicio, lo que le fue ratificado en enero del 29 a.C. al asumir su quinto consulado junto con Sexto Apuleyo (Dio.Cas. 51,19,6; 20,1). De hecho, sin embargo, su poder se debía lisa y llanamente a la victoria sobre Antonio en las guerras civiles. Esta situación le resultaba incómoda ya que Octaviano no consideraba deseable resaltar su victoria sobre otro romano, cuyos hijos además eran sus sobrinos, y sobre sus propios conciudadanos. El triple triunfo del año 30 fue celebrado *ex Illyrico, ex Actiaca victoria y de Cleopatra* según Livio, *ep. 133*, evitándose cualquier mención de Antonio y de los otros romanos vencidos (Dio. Cas. 51,19,5). Tampoco las *Res gestae* aluden al triunfo en la guerra civil, sino que lo presentan como una victoria sobre los enemigos exteriores. En el ámbito de la iconografía los elementos utilizados eran lo suficientemente abstractos como para no aludir directamente a Antonio: los espolones de navíos, seres marinos, los delfines, la Victoria sobre el globo y los motivos egipcios empleados en la decoración del templo de César y en la Curia Julia, dejaban a las claras su triunfo naval pero sin hacer ostensible la persona del vencido⁵.

No obstante, el poder de hecho que tenía, y los elementos jurídicos empleados para justificarlo, la posición de Octaviano durante el 29 y el 28 estaba lejos de ser segura. Temía un golpe de estado y a las sesiones del Senado acudía con una coraza bajo la toga, rodeado de una guardia armada para evitar el destino de César. Parte del Senado era escéptica hacia su persona incluso, hostil, y la opinión pública también se mostraba inquieta. En el 29 a.C. M. Lépido, hijo del triunviro y Pontífice Máximo, tramó una conspiración, pero fue descubierto y ejecutado (Liv. *ep.133*, Suet. *Aug.* 19). El famoso diálogo entre Mecenas y Agripa en Dión Casio, aunque expresa las opiniones políticas del autor en época de los Severos, refleja parcialmente las dudas y la ansiedad de este tiempo (Dio. *Cass.* 52,1-40). Es inmediatamente a continuación de él cuando Dion sitúa la asunción por parte de Augusto del título de *imperator* como un medio más de asegurar su preeminencia. De hecho, ya anteriormente, Dion Casio señala que con motivo de la guerra contra los tracios y bastarnas, llevada a cabo por M. Craso, quien mató con sus propias manos al rey Deldo y pudo por tanto consagrar los *spolia opima* en el templo de Júpiter Feretrio (51,24,4), el Senado concedió el triunfo tanto a Craso como a Octaviano, pero sólo éste último asumió el título de *imperator* o, como dice Dión reveladoramente en griego, *autocrátror*. Inmediatamente después de estos hechos Dión Casio narra la censura conjunta de Octaviano y Agripa en la que se produjo una depuración del Senado (52,42,1). Aunque la justificación era devolverle a esta institución la dignidad perdida durante las guerras civiles, la ocasión evidentemente le dio la oportunidad de librarse de numerosos elementos opositores. Es en este contexto en el que Suetonio (*Aug.* 35) narra el temor de Octaviano a los senadores y el hecho de que fuera armado a las sesiones.

La guerra contra los cántabros y astures, declarada formalmente en el 27 a.C., obedecía pues a una serie de motivos complejos. Por una parte, como *imperator* y en función del *imperium proconsulare* recibido del Senado en enero

⁵ Zanker, P. *Augusto y el poder de la imágenes*, Madrid 1992, 106 ss.

de ese mismo año, Augusto era principalmente un magistrado militar. Constitucionalmente su poder sobre las provincias podía basarse en el precedente de Pompeyo⁶; pero de un procónsul provincial lo que se esperaban eran guerras victoriosas. Dichas victorias servían, dentro de la tradicional competencia republicana, para consolidar su propia *dignitas* frente a la de sus pares. Por otra parte, un triunfo fácil pero hábilmente maquillado, serviría para hacer olvidar, o atenuar al menos, el recuerdo del enojoso triunfo sobre Antonio en la guerra civil. Por otra parte, no había dificultad en presentar la guerra como un *bellum iustum*, ya que en la misma Hispania, en otras ocasiones, Roma había forzado la guerra y sin embargo la había presentado como una guerra de defensa (en el caso de la guerra celtibérica, por ejemplo).

Todas las fuentes antiguas destacan el peligro de la guerra contra los astures y los cántabros, cuyos sinsabores le costaron la salud a Augusto (una enfermedad del hígado, al decir de Suetonio, *Aug.* 81; cf. Dio Cas. 53,25,7). Todavía en este momento, el *imperator* intentaba magnificar su figura como militar. De hecho, no obstante, Suetonio declara que sólo en dos ocasiones dirigió personalmente guerras exteriores: la de Dalmacia en su juventud y la de los cántabros (*Aug.* 20). Igualmente, heridas de guerra sólo sufrió dos, ambas en Dalmacia: una en la rodilla, de una pedrada, y otra en un muslo y los dos brazos por el hundimiento de un puente (Suet. *Aug.* 20). Hay que admitir que no son heridas muy gloriosas para un general.



La propaganda figurada en torno a la guerra cántabro astur se plasmó grandes monumentos pero como el *Ara Pacis*, pero también se plasmó en pequeños objetos, como las monedas, tal vez más eficaces para el fin que se proponía⁷. Igualmente un pequeño camafeo, la denominada *gemma Augusta*, parece aludir propagandísticamente a la guerra contra los astures y cántabros. Esta joya, elaborada hacia el año 10 a.C., divide la representación en dos bandas horizontales. En la parte superior aparece Augusto entronizado como Júpiter junto a la

⁶ M. SALINAS *El gobierno de las provincias hispanas durante la República romana (218-27 a.C.)*, Salamanca 1995, 106-108.

⁷ Denarios del 19-18 a.C. con el templo de *Iupiter Tonans*, ofrecido por el príncipe durante la guerra cántabra, en el reverso; cf. P. Zanker *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid 1992, 137 fig. 89.



Dea Roma y rodeado por las figuras de Tiberio y de Germánico armado y las alegorías de la tierra nutricia y feliz. En la parte inferior se ve a un grupo de soldados romanos que levantan un trofeo tras la victoria sobre los bárbaros y junto a ellos las personificaciones de dos provincias arrastran del cabello a otros bárbaros. Se ha sugerido^{7bis} que el hombre con un petaso de ala ancha tal vez sea la representación de Tracia, y que la mujer con túnica corta y dos venablos o jabalinas lo sea de Hispania. Nosotros creemos que esta representación se puede poner en relación con el aserto de Estrabón, contemporáneo de la gema, de que la mayoría de los iberos van armados como peltastas, debido a su vida de bandidaje, y usan venablo, honda y puñal (III,4,15). Tanto el atuendo de la

^{7bis} P. ZANKER, *op. cit.* 273; A. GARCÍA y BELLIDO, *Arte Romano*, reimp., Madrid 1979, 242, fig. 376, destaca la en el 7 a.C. o en el 12 d.C., pero no dice nada de la figura con dos jabalinas; compárese con la imagen de la misma obra, p. 482, fig. 845, con vestido militar, coraza, *bracae* y *paludamentum*, procedente del *Madrianeum* construido por Antonino Pío en el campo de Muerte, a la que hipotéticamente identifica con Hispania. Entre los elementos más o menos contemporáneos de la guerra que podrían apoyar nuestra identificación, citaremos las monedas de P. Carisio del 25 a.C. con *caetra* y dos venablos en el reverso, realizadas en un taller militar del noroeste que conmemoran las victorias sobre los cántabros (L. VILLARONGA, *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona 1979, 264, figs. 988-989); cf. también F. SALCEDO GARCÉS, «La Hispania bárbara y la Hispania civilizada: imagen de un concepto», *Stud. Hist. Antigua*, 13-14, 1995-96, p. 187 y E. M. KOPPEL, *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, München 1990, 327-340.

figura, con túnica corta, como el armamento, son los propios de un peltasta. Más específicamente, Dión Casio (53,25,6) dice que los cántabros y astures no se ponían al alcance de las tropas de Augusto, por usar la mayoría de ellos armas arrojadas. De manera que es probable, si tenemos en cuenta la fecha de esta joya, que la representación de Hispania aluda más concretamente a los recién conquistados pueblos del norte, que luchan ahora al servicio de Roma. Sería pues la plasmación plástica del comentario laudatorio de Estrabón cuando dice (III,3,8): «pues con los que aún persistían en los bandidajes, los cántabros y sus vecinos, terminó el César Augusto, y los coniacos y los que viven junto a las fuentes del Ebro, los plentusios, en vez de saquear a los aliados de los romanos, luchan ahora a favor de éstos».

Donde sin embargo resulta más perceptible esta labor de propaganda es en la literatura de la época; no sólo en la literatura cortesana de los poetas que constituían el *entourage* del príncipe, sino principalmente en las narraciones de carácter histórico y etnográfico. Expuestos de una manera sintética, los hechos, tal como aparecen reflejados en esta literatura, serían los siguientes: al término de la guerra civil, en occidente solamente los cántabros y los astures permanecían independientes del dominio romano. Estos pueblos, caracterizados por una vida y unas costumbres bárbaras y casi salvajes, hostigaban continuamente a otros, como los vacceos, ya sometidos a Roma. Después de algunos años de operaciones infructuosas el mismo Augusto vino a Hispania y se puso al frente de las tropas. A pesar de la resistencia encarnizada y de algunos rasgos de heroísmo salvaje, el César los fue reduciendo uno a uno, los colocó bajo el dominio de Roma y bajo ella aprendieron los fundamentos de la civilización, la agricultura y la minería, a vivir en ciudades, y comenzaron a proporcionar soldados al ejército romano. Si nos fijamos un poco más en estas narraciones podremos ver mejor de qué manera deforman y alteran la realidad y, sobre todo, cómo contribuyeron a crear un estereotipo de la etnografía hispana. Para valorarlas adecuadamente, sin embargo, hay que tener en cuentas que, propiamente hablando, carecemos de testimonios históricos contemporáneos de la guerra cántabro astur. Nuestras fuentes de información principales, Floro, Orosio y Dion Casio, son muy posteriores a los acontecimientos. Según la opinión general, Floro y Orosio remontan su información, en última instancia, a Tito Livio, que sí era contemporáneo de los hechos, pero del que constituyen apenas un epítome. En cuanto a Dión Casio, sus informaciones acerca de esta guerra proceden de una fuente desconocida pero probablemente contemporánea de Augusto⁸. De esta manera, el único testimonio contemporáneo de la guerra que ha pervivido directamente son las informaciones contenidas en el libro III de la Geografía de Estrabón, especialmente sus capítulos 3 y 4, acerca del modo de vida de estos pueblos y de los efectos que tenía sobre ellos la reciente conquista romana.

Fijémonos en los distintos puntos del *topos* literario que en esta época se constituye sobre los pueblos del norte:

⁸ Sobre el problema de las fuentes, R. SYME *art. cit.* 90-92 y 106-107, donde sugiere que la fuente de Dion Casio es tal vez la autobiografía de Augusto; cf. también B. MANUWALD *Cassius Dio und Augustus*, Wiesbaden 1979, y E. GABBA «The historians and Augustus» en *Caesar Augustus. Seven aspects* (F. Millar ed.) Oxford 1984, 61-88.

1. *Los cántabros y astures, pueblos belicosísimos, habían permanecido hasta este momento (29 a. C.) independientes del dominio romano*

Esta idea aparece en Floro 2,33,46 y Orosio 6,21,1. Floro dice: «En Occidente se había pacificado casi toda la España, fuera de la parte pegada a la falda del Pirineo y bañada por la parte de acá del Océano. Vivían allí, independientes de nuestro imperio, dos pueblos muy poderosos, los cántabros y los astures». Y Orosio: «... entendiendo que a poca cosa se reduciría lo hecho en España durante doscientos años si se permitía que los cántabros y los astures, los dos pueblos más fuertes de España, se portasen a su albedrío...». En cambio Dión Casio, más objetivo en general que estos dos, no presenta los acontecimientos de una forma tan abrupta; simplemente, refiere que Augusto hubo de suspender su proyecto de una expedición a Britania debido a la sublevación de los salasos y a la guerra de los cántabros y astures (53,25,2).

La idea, pues, de que los cántabros y astures habían vivido independientemente de Roma hasta ese momento y de que la guerra contra ellos cerraba la conquista de Hispania, prolongada por espacio de doscientos años, parece que ha de deberse a Tito Livio, que es la fuente común de ambos. Esta hipótesis casa bien con el afán propagandístico de la Historia de Livio, que no siempre se caracteriza por su exactitud, y por las preocupaciones cronológicas de la propaganda augústea, interesada en transmitir la idea de que, con el príncipe, comenzaba un nuevo *saeculum aureum*. Dicho *saeculum* fue oficialmente proclamado e inaugurado en el año 17 a. C., dos años después del final de la guerra contra los astures y los cántabros, para cuya ocasión Horacio compuso el *carmen* en el que hay por lo menos media docena de referencias a los pueblos recién sometidos en Hispania⁹. Los doscientos años casi exactos, transcurridos entre el desembarco de los Escipiones y la campaña de Agripa del 19 a. C. proporcionaban una prueba adicional de que, *pacata Hispania*, efectivamente advenía una nueva Edad de Oro.

Pero es difícil suponer, conociendo lo que conocemos de la política exterior romana, que la independencia de cántabros y astures con respecto a Roma hubiera sido absoluta hasta el 29 a. C. En todos sus aspectos, la política exterior de Augusto hasta el desastre de Varo en Teutoburgo aparece como una continuación de la política exterior de la República tardía, condicionada especialmente por los problemas de la época del Primer Triunvirato (fracaso de Craso frente a los partos y política de César frente a los germanos y britanos). En el caso concreto de Hispania, la política de Augusto aparece igualmente como una continuación de la César, caracterizada por el interés en conquistar y dominar las regiones noroccidentales y septentrionales, donde se situaban yacimientos mineros valiosísimos. A ello responde la política cesariana de exterminio realizada contra los galaicos en su tenaz campaña de los años 61-60 a. C., que prefigura los procedimientos ensayados por Agripa contra los astures y los cántabros en el 19 a. C.¹⁰

Existe el hecho, además, de que la noción de *imperium* rebasaba para los romanos los estrictos límites provinciales de su territorio. Más allá de las fron-

⁹ F.H.A. fasc. V, 204-205.

¹⁰ Ap. B.C. 2,8; Plut. *Caes.* 12; Dio Cass. 37, 52-53.

teras, Roma establecía con los pueblos del entorno relaciones y obligaciones políticas que implicaban el reconocimiento de la supremacía romana y, por consiguiente, de su *imperium*. Esta concepción republicana continuó vigente en época de Augusto. Cuando Fraates, rey de los partos, además de devolver las águilas de las legiones entregó como rehenes a varias esposas e hijos, reconocía de esta manera la superioridad romana. Horacio (*Epist.* I,12,27) afirmaba que Fraates había reconocido de rodillas los derechos y el predominio del César. De la misma manera, cuando Nerón intervino en la sucesión de Armenia, un estado formalmente independiente, estaba manifestando que el *imperium* de Roma se extendía también a ella.

En el caso de Hispania, además, tenemos pruebas de que durante la República Roma y los pretores que la representaban en la Península establecieron relaciones con pueblos formalmente independientes, por estar fuera de los límites provinciales, que de hecho quedaban bajo el *imperium* de los romanos. Tenemos el caso de los celtíberos, que no fueron incluidos en la *provincia citerior* hasta la conquista de Numancia por Escipión Emiliano, y que sin embargo ya estaban sometidos a Roma desde la época de Sempronio Graco en virtud de los acuerdos suscritos por éste. Dichos acuerdos o tratados incluían una serie de clausulas, como la prohibición de amurallar ciudades, pagar un *stipendium* a Roma y proporcionar *auxilia* al ejército romano, que constituían de hecho una limitación efectiva de la soberanía de las *poleis* celtibéricas. Lo peligroso de violentar tales tratados se comprueba en la respuesta desproporcionada de Roma ante la actitud de Segeda en el 154 a.C. Podemos dudar de la inclusión o no de los celtíberos citeriores (lusones, bellos y titos) dentro de los límites provinciales romanos; pero en el 154 a.C., sin ninguna duda, los celtíberos ulteriores estaban fuera de dichos límites y, sin embargo, por el testimonio de Polibio y de Apiano, vemos que estaban sujetos a las mismas obligaciones¹¹.

De esta manera, cuando a consecuencia de las conquistas de Emiliano y de Décimo Junio Bruto los territorios romanos en la Península se extendieron hasta el valle del Duero y el territorio de *Gallaecia*, es difícil pensar que tanto estos generales como la comisión decenviral que en 132 trazó el nuevo estatuto de las provincias hispanas, no concluyeran algún tipo de acuerdos con los cántabros y los astures cuyos territorios en algún caso llegaban hasta el Duero mismo. Esto explicaría la presencia de cántabros, junto con celtíberos y otros pueblos del norte, en el ejército de Afranio en el año 49 a.C. Afranio era el *legatus pro consule* de Pompeyo en la Hispania Citerior, cuyo gobierno le había correspondido al triunviro, junto con el de otras provincias, en el acuerdo de Lucca. En virtud del *imperium* de que disponía podía exigir de ellos el envío de auxiliares al ejército. Esta opinión era también la de Schulten, para quien existiría un tratado de Pompeyo con los cántabros que podría haberse concertado en el 75-74 a.C., cuando estuvo en el Ebro superior y fundó *Pom-paelo*¹².

¹¹ Ap. *Ib.* 44; Diod. 31,39.

¹² A. SCHULTEN *Los cántabros y astures y su guerra*, Madrid 1962, 32. Por el contrario, Echegaray, *Los cántabros*, Madrid 1966, opina que la presencia de cántabros, tanto en el ejército de Afranio en el 49 a.C. como en otros contextos, se debería a su afición por la guerra, lo que les llevaría a emplearse como mercenarios (p. 168). De la misma manera, la noticia mítica de una colonización espartana entre los cántabros, que Estrabón toma de Asclepiades de Mirlea, y la noticia de que el

2. *Estos pueblos son los más bárbaros de Hispania y su estado de cultura raya con el salvajismo, como atestiguan diversas anécdotas de la guerra*

Hace tiempo que distintos historiadores, siguiendo el modelo trazado por Dauge¹³, han señalado los diferentes elementos que contribuyen a constituir la tipología del bárbaro hispano, por lo que no vamos a extendernos en destacarlos ahora. Sí queremos, sin embargo, señalar algunos hechos esenciales. De una manera general, las fuentes antiguas operan con un conjunto de oposiciones que les sirven para caracterizar o tipificar la barbarie por contraposición con el estado civilizado. Desde el punto de vista geográfico o ambiental, los bárbaros se caracterizan por habitar en regiones excéntricas, alejadas, de una geografía abrupta, con malas comunicaciones y con un clima riguroso, sea por el excesivo frío, la lluvia, la nieve, o el excesivo calor. Su medio natural es frecuentemente el bosque, en cuyos claros se ubican las aldeas. Por el contrario los pueblos civilizados (los griegos y romanos) ocupan una posición central en la ecumene; habitan en regiones de una orografía moderada y con un clima templado, lo que permite la existencia de vías de comunicación que facilitan el comercio. Por contraposición al bosque bárbaro, su paisaje humano es el *ager* roturado y cultivado. Desde el punto de vista socioeconómico, los bárbaros son principalmente recolectores o ganaderos, frente a los civilizados agricultores; a menudo desconocen también la navegación o practican un comercio rudimentario. Desde el punto de vista político, los bárbaros viven por lo general en aldeas, frente a los griegos y romanos que viven en ciudades, o más exactamente ciudades estado (*poleis, civitates*).

En todos estos elementos lo que se destaca es la contraposición entre un arquetipo del ciudadano-agricultor, enraizado en una comunidad autónoma políticamente, que sería lo característico del estado de civilización tal como lo concebían los intelectuales griegos y romanos, y —digamos— su versión en negativo, que sería lo que caracterizaría el estado de barbarie. Lo interesante es constatar que, aunque en la época de Augusto dicho modelo ya no era más que un ideal utópico proyectado hacia el pasado en distintos mitos (piénsese en el Cincinato pintado por Livio) y la polis o la civitas autónoma habían dejado de existir realmente, como ideal conservaban su fuerza, constituyendo modelos de análisis político y cultural.

En fin, y esto es quizás lo más importante, hay para estos intelectuales una diferencia cualitativa moral entre barbarie y civilización; de manera que los bárbaros en ocasiones pueden acometer grandes empresas o realizar actos de

Miño nace entre los cántabros se deberían, según Echegaray, a informaciones dadas por los mercenarios cántabros (p.169). En nuestra opinión, en cambio, es más verosímil suponer que se deben a informaciones de comerciantes romanos e itálicos cuya penetración en Asturias y Cantabria ha precedido a la del ejército romano, lo mismo que sucede en el caso de las Galias y de Germania; cf. FERNÁNDEZ OCHOA, C., *Asturias durante la época romana*, Madrid 1982; «El impacto romano sobre el hábitat del NO.» *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela 1986, 345-362; BLÁZQUEZ, J.M^a., «Asimilación y resistencia a la romanización entre los pueblos del norte de Hispania» *Asimilación y resistencia a la romanización en el norte de la Península Ibérica*, Vitoria 1985, 7-46.

¹³ Y.A. DAUGE, *Le barbare. Recherches sur la conception romaines de la barbarie et de la civilisation*, Bruselas 1981.

heroísmo, pero estos logros se ven enturbiados bien por la inconstancia de su empeño, bien por ser fruto de una desesperación irracional.

Todos estos elementos aparecen reflejados, de una manera u otra, en nuestras fuentes principales sobre la guerra cantábrico-astur. Dión Casio (53,25,6) se refiere a la naturaleza fragosa de Asturias y Cantabria: astures y cántabros se refugiaban en sus picachos o se emboscaban en selvas y hondonadas. Floro (2,33,1) los situa en el extremo occidente, entre el pie del Pirineo y la corriente del Océano. Orosio 6,21,6, pinta las partes ulteriores de Galicia, refiriéndose sin duda al territorio de cántabros y astures, llenas de montañas y pobladas de selvas. De la misma manera, Estrabón, sobre quien volveremos más adelante, los sitúa en el extremo septentrional de Iberia; su posición excéntrica se observa en que termina con ellos las descripciones tanto de Lusitania como de Celtiberia, aludiendo a ellos respectivamente al final de los capítulos III,3 y III,4. Esta posición en la estructura narrativa del libro III de la Geografía estraboniana se explica tanto por el método seguido por Estrabón, el de los periplos con tan larga tradición en la geografía griega, como por el hecho de que en cada parte de Iberia él efectúa siempre una gradación, comenzando por describir los pueblos más civilizados y terminando por los que lo están menos. Orden narrativo y jerarquía cultural van de la mano en el libro sobre Iberia de Estrabón. De la misma manera, su caracterización de los pueblos del norte, los montañeses (*hoi orèioi*) como él dice, constituye el mejor repertorio de tópicos característicos de la barbarie¹⁴.

Tanto Estrabón como Floro, Orosio y Dion Casio narran distintos actos de heroísmo irracional que sirven para subrayar el salvajismo de estos pueblos. Floro 2,33,50-51 alude al fin de los cántabros en el monte Medulio: «... aquellos bárbaros, al ver llegado el fin de su resistencia, a porfía se dan muerte con el fuego y con el hierro, en medio de una comida, con un veneno que allí se extrae comúnmente del tejo, librándose así la mayor parte de una esclavitud que a una gente hasta entonces indómita parecía más intolerable que la muerte». Al mismo episodio hace referencia Orosio 6,21,8: «cuando aquella gente de natural cruel y feroz comprendió que ni era suficiente para aguantar el asedio ni capaz de emprender una batalla, corrió a una muerte voluntaria por temor a la esclavitud. Pues casi todos a porfía se mataron con el fuego, el hierro o el veneno». Y también Dión Casio (54,5,2): «De los cántabros no se cogieron muchos prisioneros; pues cuando desesperaron de su libertad no quisieron soportar más la vida, sino que incendiaron antes sus murallas, unos se degollaron, otros quisieron perecer en las mismas llamas, otros ingirieron un veneno de común acuerdo, de modo que la mayor y más belicosa parte de ellos pereció». Pero Dion Casio, que sigue una fuente menos retórica, no atribuye a una vesanía racial esta salida de los cántabros sino que, mucho más racionalmente, explica que su esclavitud con los romanos (se refiere a los sublevados en el año 19 a.C., 54,11,4) les había dado experiencia y sabían que de ser cogidos, no salvarían siquiera la vida.

También Estrabón III,4,17 refiere actos de salvajismo como los de las madres que mataron a sus hijos para que no fuesen hechos prisioneros, el del niño que mató a sus parientes con el mismo fin, etc., etc. Todos estos sucesos, que pare-

¹⁴ La contraposición entre los montañeses salvajes y los pueblos civilizados ya está en César, a propósito de los ligures, *homines asperi et montani* (B.C. I,57,3).

cen transmitidos por observadores oculares, se deben basar en hechos reales que excitaron la imaginación de los romanos pero que no son nuevos. Encontramos la narración de sucesos parecidos, por ejemplo, durante la guerra de Numancia. En el 141 a.C. el cónsul Q. Pompeyo, después de dos ataques fallidos contra Numancia y Tiermes respectivamente, pasó a la Sedetania donde se enfrentó a un ejército mandado por un tal Tangino. Los venció y apresó a muchos de ellos pero, según cuenta Apiano *Ib.* 77, tal fue el ánimo de estos hombres que ninguno quiso soportar la servidumbre, sino que algunos se suicidaron, otros mataron a los compradores y algunos en la travesía perforaron y hundieron las naves. Rasgos de *ferocia* que sin duda debió ya relatar Polibio, de quien los debe tomar Apiano.

También la poesía contribuyó a acumular elementos que actuaban en este sentido. En varios pasajes Horacio, refiriéndose a la guerra cantábrica, utiliza el adjetivo *ferox* atribuyéndolo a las poblaciones del norte en varias ocasiones (FHA, V, 204-205); aunque quizás ningún verso sea tan eficaz para evocar su barbarie como aquel (*Carm.* 3,434) en que alude a los Concanos que se gozan en la sangre de caballo: *et laetum equino sanguine Concanum*. Lo importante es que todas estas imágenes confluyeron para proporcionar el retrato de una sociedad bárbara sobre la cual la conquista romana significaba no sólo el final de las depredaciones que practicaban sobre otros pueblos, sino la imposición de costumbres más dulces.

3. *En relación con lo anterior está la peculiar forma en que ambos pueblos aparecen citados en las fuentes, como una especie de masa indiferenciada*

A pesar de que las fuentes clásicas pretendan hacer creer que las poblaciones del norte de Península no conocían la vida urbana, lo cierto es que estas mismas fuentes ofrecen bastantes testimonios de que en realidad no era así. El panorama que estas fuentes reflejan es muy parecido al que otras relativas a las guerras de conquista presentan para los restantes pueblos del área indoeuropea de la Península: celtiberos, carpetanos, vacceos o vettones. Estas poblaciones estaban organizadas en ciudades estado, autónomas políticamente, que podían desarrollar o no una acción común como, por ejemplo, la guerra contra los romanos. Desde este punto de vista, es secundario que la mayor parte de la población viviese en el núcleo urbano o en el entorno rural. Esta situación, que extrañaba tanto a Estrabón, que escribía en el momento de mayor apogeo de la vida urbana en el mundo antiguo, no tendría sin embargo que haberle chocado si hubiese conocido —o recordado— la situación del Atica o de otras ciudades griegas en la época arcaica. Parafraseando a Tucídides, podría haber dicho que los bárbaros de Hispania vivían como los griegos de antaño.

A pesar de la brevedad de los relatos que sobre las guerras cántabro-astures nos proporcionan los autores clásicos, abundan en ellos las referencias a ciudades. Dion Casio 53,25,7-8 nos dice que C. Antistio tomó algunas ciudades a los astures y que T. Carisio tomó Lancia, que había sido abandonada, y sometió muchas otras. También Floro, 2,33,57, se refiere a Lancia llamándola ciudad poderosa, *validissima civitas*; los esfuerzos de los romanos para tomarla fueron tan costosos que, según él, Carisio sólo a duras penas pudo evitar que los soldados la arrasaran. Orosio 6,21,10 también alude a ella. En otro pasaje, 53,29,2

Dion Casio también hace referencia a la existencia de varias ciudades entre los cántabros y astures, al referirse a la sublevación del 24 a.C., pues dice que L. Emilio los sometió saqueando sus campos, incendiando algunas de sus murallas y cortando las manos de los prisioneros. La ciudad de Bergida es conocida por Floro 2,33,49, que la cita como perteneciente a los cántabros, y es la misma probablemente a la que Orosio 6,21 llama Atica. Otra ciudad, Aracelio o Racilo, es conocida por Floro 2,33,46 y Orosio 6,21,5.

Uno de los pasajes más interesantes es el de Floro en que éste alude a la actitud de los brigecinos en el 24 a.C. (2,33,55-56): «Los astures por este tiempo descendieron con un gran ejército de sus nevadas montañas. Y no era a ciegas que aquellos bárbaros emprendían este ataque, sino que poniendo su campamento junto al río Esla, dividiendo el ejército en tres columnas, se preparaban para atacar a un mismo tiempo los tres campamentos romanos. Y hubiera sido una lucha dudosa y cruenta (...) de no ser por la traición de los brigecinos, quienes avisaron a Carisio y éste acudió con su ejército». Los brigecinos, *Brigaecini*, son los ciudadanos de una ciudad indígena cuyo nombre debía ser *Brigaecium*, con la raíz céltica *brig-*, frecuente en la Hispania indoeuropea, que es el equivalente del latino *oppidum*. Los brigecinos aparecen citados no por el topónimo, sino por el etnónimo, porque como es bien sabido lo fundamental de la ciudad antigua no es constituir una comunidad de población sino una comunidad de ciudadanos que obra en política autónomamente. Floro, tomándolo seguramente de Livio, los cita por el colectivo y no por el topónimo para subrayar el hecho de que con su acción afirmaban su identidad —oportunidades políticas aparte— como una civitas autónoma de los astures. Este hecho es muy instructivo. Ciento diez años antes, cuando Escipión asediaba Numancia, un numantino, Retógenes Caraunio, logró burlar el cerco con unos caballos y unos clientes y se dirigió a las *poleis* de los arévacos suplicando ayuda. En varias ciudades los expulsaron, pero en Lutia, según dice Apiano *Ib.* 93, ciudad opulenta, los jóvenes se declararon por los numantinos y empujaban a la ciudad a que los socorriese; pero los ancianos avisaron a Escipión. Al recibir éste la noticia se puso inmediatamente en marcha, llegando al amanecer del día, rodeando la ciudad y exigiendo que le entregasen los cabecillas de la rebelión. Como le contestaran que éstos habían escapado, amenazó con arrasar la ciudad, e inmediatamente le presentaron hasta cuatrocientos jóvenes a los cuales les cortó las manos. A pesar de la cercanía a la poderosísima Numancia, Lutia era una *polis* independiente en la que dos partidos contrapuestos —como en el resto de las ciudades celtibéricas— intentaban definir la política con respecto a los romanos. La conocemos además por monedas con la leyenda LUTIAKOS¹⁵, lo que es indicio inequívoco de que era una ciudad independiente; tal como dice Apiano, una *polis*. Como vemos, la situación de *Brigaecium* era muy parecida en época posterior.

Legítimamente podemos preguntarnos qué ocasiona la diferente presentación de los pueblos de Hispania enfrentados con Roma en Polibio (Apiano) y en Tito Livio y Dion Casio. La respuesta creemos que está en las diferentes épocas en que vivieron y escribieron uno y otros. Polibio todavía puede contemplar la conquista romana como las guerras de una ciudad estado contra otras ciudades estado (Numancia o Cartago) u otras monarquías. Pero la época

¹⁵ L. VILLARONGA, *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona 1979, p.195 y figs. 666 y 677.

de Augusto esta ilusión era insostenible. Roma reinaba como un estado universal, en cuyo seno las diferencias políticas y jurídicas y la individualidad de unas ciudades y de otras tenía cada vez menor razón de existir.

Finalmente es sin duda en Estrabón donde encontramos mejor y más ampliamente descrita la etnografía de los pueblos del norte de la Península de acuerdo con la propaganda imperial augústea. Si bien las fuentes historiográficas, Dion Casio, Floro y Orosio se pueden retrotraer a informaciones de primera mano de época augústea, en el caso de Estrabón tenemos un texto que es casi contemporáneo de la guerra cántabro-astur, en el cual los tópicos de la barbarie se explayan para reflejar una sociedad primitiva a la que sólo las armas romanas han logrado aportar las ventajas de la civilización. Se notará sin embargo que las informaciones sobre los cántabros y astures que utiliza Estrabón proceden fundamentalmente de Poseidonio, como parecen delatar dos rasgos típicos de la etnografía poseidoniana: la compartimentación del espacio geográfico de acuerdo con los cursos de los ríos y el interés por las riquezas mineras del territorio. Es decir, que los tópicos sobre la barbarie de los pueblos del norte estaban ya formados mucho antes de la guerra de Augusto y no se puede imputar a la propaganda imperial exclusivamente su responsabilidad. Es probable que la guerra de César contra los lusitanos y los galaicos en el 61-60 a.C. haya contribuido a divulgar noticias sobre estos pueblos en Roma; pero César no era a estos efectos un observador original y cuando tuvo que darnos una descripción de los pueblos de las Galias echó manos de Poseidonio. Por ello, es posible que la imagen de la barbarie de estos pueblos haya comenzado a constituirse aún antes; tal vez a consecuencia de las guerras de D. Junio Bruto, cognominado Galaico. Si esta hipótesis fuese cierta, Polibio es el mejor candidato a haber proporcionado, en sus libros perdidos sobre las guerras de Hispania, el primer retrato de los pueblos del norte, galaicos, astures y cántabros. A Polibio le cuadra bien el interés por distinguir, entre estas poblaciones, a los que son celtas de los que no lo son; igualmente las comparaciones con las costumbres celtas en materia de ajuar o de vestido pueden deberse a Polibio, aunque también a Posidonio. Los griegos del siglo II a.C. estaban vivamente interesados por los celtas: habían supuesto una amenaza para la propia Grecia apenas cien años antes, saqueando Delfos, y constituían todavía un peligro para Roma, que acababa de conquistar el *ager gallicus*. En cambio, las apreciaciones sobre las ventajas que ha aportado la conquista romana y la información sobre la situación de estos pueblos tras la conquista de Augusto se deben a un oscuro «panegirista», en expresión de Laserre, cuyas concepciones sobre civilización y barbarie no tienen que ser, a priori, ajenas al propio Estrabón.

Resulta pues que, formada cuando se formase, la imagen de la barbarie de los cántabros y astures servía perfectamente a los propósitos de la propaganda augústea y era, además, plenamente asumida por el geógrafo griego. Las páginas de Estrabón sobre los «montañeses», entre los que cita a los galaicos, astures, cántabros y vascones (III,3,7) han sido tan comentadas por distintos historiadores, como Caro Baroja, García y Bellido, Lomas Salmonte, M. Vigil y A. Barbero, y otros tantos¹⁶, que no vamos a repetir las aquí. Tampoco es nuestro

¹⁶ El último trabajo sobre estos pueblos es el de M.C. GONZÁLEZ, *Los astures y los cántabros vadienses*, Vitoria 1997, que hemos conocido cuando estas páginas estaban en pruebas de imprenta.

propósito analizar la veracidad histórica del texto estraboniano ni interpretarlo, sino sencillamente exponer cómo refleja la mentalidad de la época de una manera general, aunque desde luego presenta rasgos propios originales que hacen que no se le pueda considerar sin más un mero recopilador o un vocero de los intereses romanos.

Uno de los pequeños problemas con que nos encontramos al acercarnos al texto estraboniano es que lo relativo a los cántabros y astures se ha utilizado muchas veces fuera de contexto. La etnografía de «los montañeses» como él les llama está expuesta en dos lugares del libro III, al final del capítulo 3 (3,5 y 3,7-8), dedicado a la descripción de Lusitania, y al final del capítulo 4 (4,16-20), después de la descripción de Celtiberia. Como hemos señalado anteriormente, esta estructura está condicionada por una parte por el método de Estrabón, fundado en los periplos griegos, consistente en describir las costas que parten hacia el O. y N. y hacia el E. y el N., respectivamente, del Hierón Akroterión, que él toma como extremo de la ecumene y punto de partida de su descripción, y después el territorio situado al interior de dichas costas. Pero por otra parte, también, se fundamenta en la distinción de área de civilización y cultura, comenzando por las más civilizadas y prosiguiendo con las más bárbaras¹⁷.

El hecho es que, tal como está estructurado el texto estraboniano, es imposible distinguir a menudo cuándo se refiere a los lusitanos o a los celtíberos, o a los cántabros, astures y galaicos. El propio Estrabón va y viene de unos a otros sin lograr distinguirlos exactamente. Describe los pueblos de Lusitania y cita entre ellos a los galaicos, y a continuación a los astures (3,3). Describe luego los ríos de lusitania, lo que le lleva a mencionar a los cántabros al hablar de las fuentes del Minio (3,4). Inicia un excursus sobre los ártabros y los montañeses que nos devuelve a las riberas del Tajo (ya que la situación de violencia endémica de la que les hace responsables la coloca entre los pueblos que viven junto al Tajo) (3,5). Describe las costumbres de los lusitanos (3,6); y finalmente hace un retrato de los montañeses (3,7) y un balance de lo que ha significado para ellos la paz romana (3,8).

Esta indecisión, esta indeterminación, se debe por una parte a la confusión de las fronteras políticas, que el mismo Estrabón atestigua al afirmar que antiguamente Lusitania llegaba hasta el Cantábrico, siendo los galaicos una parte de los lusitanos. Los autores antiguos, dice, llamaban lusitanos también a los galaicos (3,2-3).

Estas confusiones puede que se deban a fenómenos étnicos y sociales que ha potenciado la propia conquista romana. A comienzos del siglo II los oretanos y los carpetanos fueron tan duramente castigados por las guerras con Roma que desde mediados de siglo no los vemos ya reaparecer en las fuentes literarias, posiblemente por una quiebra demográfica además de política, y en su lugar surgen las grandes coaliciones militares de los lusitanos y celtíberos que protagonizan las guerras con Roma a partir del 155 a.C. Desde esa fecha, y por espacio de casi un siglo (hasta la campaña de César en el 60 a.C.), los lusitanos fueron duramente castigados una vez y otra por una política de exterminio que

¹⁷ P. THOLLARD, *Barbarie et civilisation chez Strabon*, Paris 1987, 60-62 y 76-78; cf. MONTERO BARRIENTOS, D., «El determinismo geográfico, la geografía económica y el imperialismo en la obra de Estrabón», *Stud. Hist. Antigua*, 13-14, 1995-96, 311-330.

está perfectamente expuesta en las fuentes. A mediados del siglo I a.C. los galaicos pueden haber experimentado una expansión aprovechando la debilidad de los lusitanos a causa de tan largas guerras. La rectificación de límites provinciales hecha por Augusto hacia el 14 a.C., colocando la frontera de la Lusitania en el Duero (4,20), puede haber estado motivada tanto por el deseo de colocar todas las tropas de ocupación bajo el mando de un único *legatus* como, accesoriamente, por el de «premiar» a los galaicos, que no dieron excesivos problemas a Roma, a expensas de los lusitanos.

El propio Estrabón, no obstante, señala la naturaleza dual de Lusitania, cuya parte oriental era alta y montañosa, y el género de vida que describe, austero y, como dice, espartano, es común a todos los montañeses, es decir a todos los pueblos de la Meseta superior. Hay que señalar que Estrabón identifica a menudo las costumbres de estos pueblos con las de los propios griegos, que ciertamente no eran bárbaros, y que expresamente dice en ocasiones que aquellos no eran del todo incivilizados (4,18)¹⁸.

Evidentemente, lo que más le choca son los rasgos de furia bestial que lleva a estos individuos a preferir la muerte a la esclavitud. Refiere los casos sabidos, que citan también Floro y Orosio, de la madre que mató a sus hijos, o el niño que hizo lo mismo con sus parientes, o la mujer que mató a sus compañeros de cautiverio para eludir la esclavitud. Estrabón no atribuye estos actos al valor sino a una crueldad innata o a una falta de cordura bestial que justifica la consideración de bárbaros. Evidentemente estos rasgos le merecen el juicio más duro —no así sus costumbres matrimoniales o militares— porque significan la manifestación radical de la resistencia a Roma. En este punto los compara no con los griegos, como hace en otros pasajes, sino con los celtas, los tracios y los escitas (4,17). No podía haber elegido mejor para provocar una reacción desfavorable en el lector griego o romano. Los celtas constituían casi el modelo por antonomasia del bárbaro y del enemigo para los romanos. La hostilidad que experimentaban hacia ellos se refleja en la expresión *tumultus gallicus*, que denotaba no sólo la situación de emergencia por el ataque de los galos sino en general el estado de emergencia debido a cualquier peligro exterior. Los tracios y los escitas, en la periferia del mundo griego, eran también modelo de barbarie. La crueldad de los tracios había sido puesta de relieve ya por Tucídides en el siglo V a.C. Tracios y escitas eran domadores de caballos y jinetes seminómadas que con sus incursiones ponían en peligro la estabilidad del mundo civilizado.

Uno de los rasgos más originales de Estrabón consiste, sin embargo, en concebir el proceso que va de la barbarie a la civilización como un proceso libre, no mecánico, y, por tanto, sujeto a involución. Esta idea no era ajena al pensamiento griego de la época clásica, puesto que los griegos habían tenido la oportunidad de comprobar cómo la crisis de distintas colonias suyas de occidente había llevado aparejada la barbarización de sus habitantes¹⁹. Pero quizá en pocos

¹⁸ M. SALINAS, «Los elementos griegos en el libro III de la Geografía de Estrabón» *Kolaios* 4 (1995), 103-124.

¹⁹ J. CARO BAROJA *Interpretaciones de la guerra de Numancia*, Madrid 1968, p.24 y n.42 cita Plut. *Pirro* 1 y a Her. I,60 al hablar de Pisístrato para mostrar cómo los griegos tenían conciencia de que se podía recaer en el estado de barbarie. Pero lo predominante era la idea de una evolución lineal, como expone Tuc. I,6 y Dicearco, *Bios Hellados*, que trazaba una evolución de la humanidad de la recolección al pastoreo, y del pastoreo a la agricultura (Varrón *rer.rust.* I,2,16 y II,1,3-5). Sobre Dicearco, K.E. MÜLLER *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebil-*

textos se expone la idea de la aleatoriedad del proceso civilizador de una manera tan clara como en el análisis que hace de las causas de la barbarie entre los lusitanos y la justificación correspondiente de la intervención romana (3,5): «Son alrededor de treinta las tribus que se reparten el territorio entre el Tajo y los ártabros, pero a pesar de ser próspera la región por sus frutos (...) la mayoría de ellos pasaban la vida apartados de la tierra, en piraterías y en continua guerra entre sí y contra sus vecinos de la otra orilla del Tajo, hasta que los pacificaron los romanos, haciéndoles bajar al llano y convirtiendo en aldeas la mayor parte de sus ciudades, aunque también asociándose a algunas como colonos en mejores condiciones. Fueron los montañeses los que originaron esta anarquía, como es natural; pues al habitar una tierra mísera, y tener además poca, estaban ansiosos de lo ajeno. Los demás, al tener que defenderse, quedaron por fuerza en la situación de no poder dedicarse a sus propias tareas, de modo que también ellos guerreaban en vez de cultivar la tierra. Y sucedía que la tierra, descuidada, quedaba estéril de sus bienes naturales y era habitada por bandidos». El análisis de Estrabón sería impecable, como sociólogo y como etnógrafo, de no ser porque silencia el factor fundamental de inestabilidad, que no eran las luchas entre unos pueblos y otros por cabezas de ganado, sino la propia conquista romana.

Queremos terminar con la valoración que hace Estrabón de los beneficios de la conquista romana (3,8 y 4,13), la cual constituye sin duda el mejor eco de la propaganda desarrollada por Augusto en torno a la guerra cantábrica. Estos párrafos constituyen un compendio de los tópicos expuestos anteriormente sobre las ideas de civilización y barbarie: la causa del salvajismo de estos pueblos está en su aislamiento geográfico y en la miseria de su territorio; la mayor parte de la población no vive en ciudades, sino dispersa por los campos y bosques; pero ahora la conquista romana les ha llevado las ventajas de la civilización.

(3,8): «Pero su ferocidad y salvajismo no se deben sólo al andar guerreando, sino también a lo apartado de la situación; pues tanto la travesía por mar como los caminos para llegar hasta ellos son largos, y debido a la dificultad en las comunicaciones *han perdido* la sociabilidad y los sentimientos humanitarios. Actualmente padecen en menor medida esto gracias a la paz y la presencia de los romanos, pero los que gozan menos de esta situación son más duros y brutales. Y por otra parte, existiendo como existe en algunos pueblos una miseria derivada de los lugares y montañas donde viven, es natural que se acentúe tan extraño carácter; pero ahora, como dije, han dejado todos de luchar: pues con los que aún persistían en los bandidajes, los cántabros y sus vecinos terminó el César Augusto».

(4,13): «Es el caso también de los que sostienen que pasan de mil las ciudades de los iberos, los cuales me parece que llegan a este número otorgando el nombre de ciudades a las aldeas grandes. Porque ni la naturaleza del país puede admitir muchas ciudades por su escasez de recursos ni por su aislamiento y primitivismo, ni por su modo de vida ni sus acciones, salvo los de la costa del Mar Nuestro, sugieren nada de esto: son salvajes los que viven en aldeas, y como ellos la mayoría de los pueblos iberos; y tampoco dulcifican fácilmente las costumbres las ciudades cuando son multitud los que viven en los bosques para daño de sus vecinos».

dung, Wiesbaden 1972, 213-218; sobre la etnografía de época helenística en general, A. DIHLE «Etnografía ellenística» en *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica* a cura di F. Prontera, Bari 1990, 173-199. Sobre la crisis del helenismo en las colonias de Occidente, A. PIGNOL *La conquête romaine*, Paris 1974, 109-115 y 155-164.